



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 12 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Marzo 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

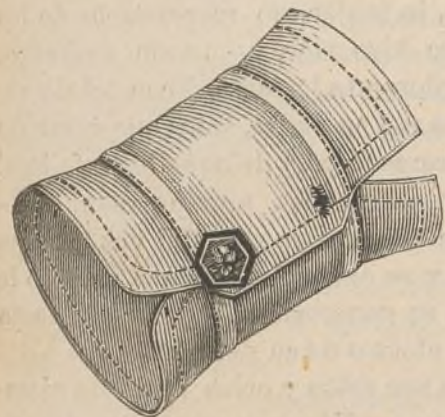
### SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Cuellos y puños de moda.—Corbata con entredós.—Corbata de punto de aguja.—Cenefas para adornar vestidos de niños.—Manteles bordados para té.—Almohadon de matalasée bordado.—Entredós de crochet y malla.—Diferentes almohadas.—Colchon metálico.—Colchon de cerda.—Edredon con sabanilla.—Lecho completo.—Lanqueta para los pies.—Porta toallas.—Diferentes toallas bordadas y con fleco.—Bolsa para la ropa blanca.—Labor de novedad.—LITERATURA. La mujer, por Fernando G. de Salazar.—A la paz, soneto, por Angela Grassi.—A las

madrileñas, soneto, por D. Gaspar Bono Serrano.—El deseo de la Sultana, poesía, por Rafael Ginard de la Rosa.—Jamás, poesía, por Emilia Calé y Torres de Quintero.—Galicia pintoresca, por el Dr. Lopez de la Vega.—La sota de oros, por Adolfo R. Gamez.—Un ruso en estas fiestas, por Alberto Diaz de la Quintana.—El templo de los monos en Benares, por X.—Correspondencia.—Secretos útiles.—Economía doméstica.—Explicación del figurin.

#### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

##### 1 A 4. CUELLOS Y PUÑOS.



2. Puño correspondiente al cuello núm. 1. (Patron: pliego del 18, por el revés, núm. IX, fig. 40).

(Patrones: en el pliego por el revés, núm. IX, y por el derecho, núm. III).

El primero es un cuello liso de holanda, sin más adorno que algunos pespuntos á la máquina hechos á un centímetro del borde: el patron del camisolin está en el pliego anterior, y el puño, de 6 ú 8 cents. de ancho por cada lado, se forra ó entretela de tela fuerte, cerrando con dobles botones y adornándole tambien pespuntos.

El segundo es de tela más fina, adornado de calados colocados entre bieses de la misma batista ó trencillas; para ejecutar este adorno, se corta el cuello en cartulina, y sobre ella se disponen los bieses ó trencillas, que se levantan despues de unidas por los calados y se pegan al cuello: el camisolin va adornado de pliegues, y una puntilla en el mismo género de trencilla y calados adorna el borde del cuello y mangas.

##### 5 Y 6. ALMOHADON BORDADO EN MATALASÉE.

(Dibujo del bordado: en el pliego de patrones por el derecho, núm. 29).

Este bordado ya indicado en uno de nuestros últimos números, está aquí realzado por las aplicaciones de flores de cretona sujetas con torzal, feston largo ó soutache. El fondo es de raso negro, los medallones grana y la cenefa la muestra el núm. 6: el fondo le acaban de adornar arabescos, cordones de oro y de seda grana, y un rizado de cinta grana con pluma á la pegadura le completan.

##### 7. CENEFAS PARA VESTIDOS DE NIÑO.

Este adorno sigue siendo el obligado para vestiditos

de piqué para los niños: compónese de una pequeña guarnición bordada y calada en nanzouk, un galon labrado encima y una cenefa bordada á soutache de dos dibujos. En blanco sobre vestido maíz ó rosa este adorno es encantador.

##### 8. CENEFAS PARA LENCERÍA.

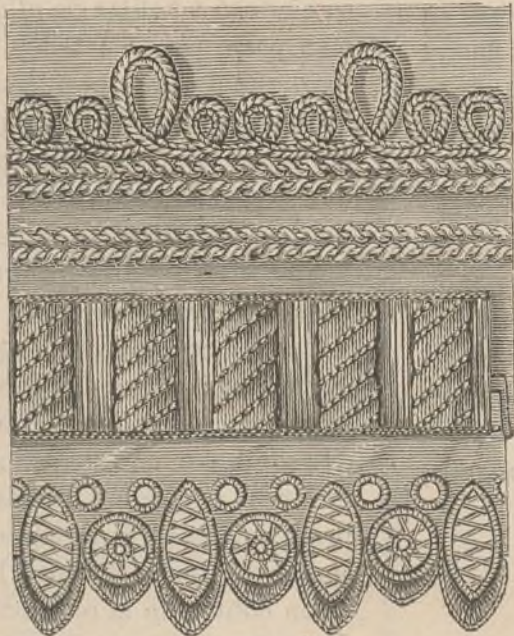
Es una tira á ramos bordados al pasado y punto ruso, muy separados para poder hacer entre ellos tres jaretitas á la máquina, completando el adorno un pequeño biés á cada borde para pegar la guarnición y á ella una pequeña puntilla de crochet.

##### 9 A 12. MANTELES PARA EL TÉ.

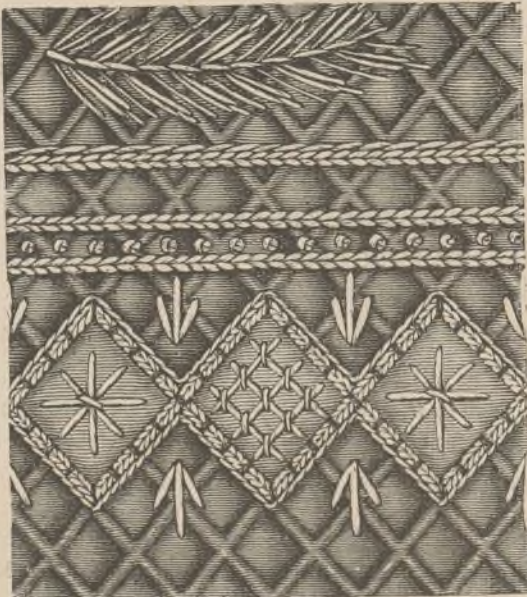
(Véanse los modelos de bordado



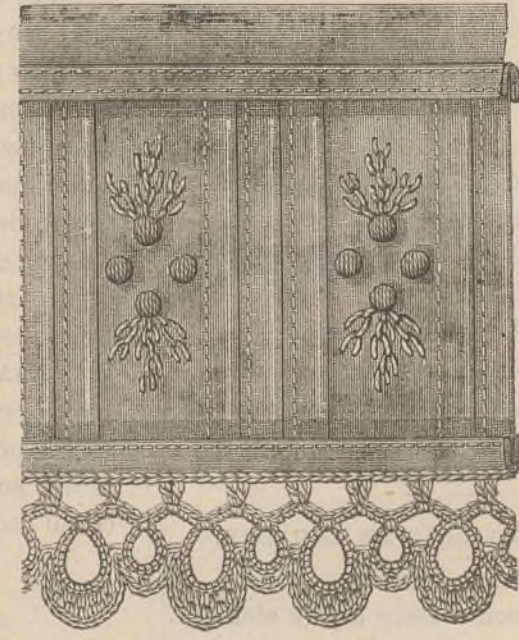
5. Almohadon bordado en matalasée (Véase el núm. 6).



7. Cenefa para vestidos de niño.



6. Bordado para el almohadon núm. 5.



8. Cenefa para lencería.



4. Puño correspondiente al cuello núm. 3. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. III, figs. 12 y 13).

á la cruz, del pliego de patrones por el derecho).

Esta afición que se va desarrollando á bordar las mantelerías no es nueva, y en Hungría y en Rusia se bordaban hace dos siglos, así como tambien las bordaban nuestras castellanas de la Edad Media. Pueden ejecutarse en cañamazo java

3. Cuello con calados. (Véase el núm. 4). (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. III, fig. 11).

estos dibujos para almohadon ó cubre pié, pero en telas harán mantelerías muy caprichosas: el núm. 11 indica que pueden bordarse tiras que se unen despues, ó hacerse en un solo pedazo de tela gruesa. Para los dibujos 9 y 10 se elije tela gruesa y se sacan hilos en cuadros para formar un cañamazo, en el que se hace el bordado, para el cual se tendrán á la vista los núms. 10 y 42, y teniendo cuidado en las pegaduras de conservar el dibujo por el revés y por el derecho.

Los núms. 9 y 10 presentan un mantel de tamaño natural, en un pedazo bordado en tela blanca con algodón grana, completándole con un biés á la máquina alrededor, ó con una puntilla de malla ó crochet con hilo grueso.

Los núms. 11 y 12 muestran un mantel bordado á tiras de hilos sacados y tiras mates, bordando las primeras que muestra el número 12 sobre el fondo calado á punto de cañamazo con blanco y las mates á punto ruso con algodón azul. Como la tela debe ser gruesa, el trabajo no es tanto como á primera vista parece.

##### 13 A 16. CORBATAS.

La primera, núms. 13 y 14, es de crespon de china, de color claro y de 5 cents. de ancho por 96 de largo, unida doble por un entredós cosido como indica el núm. 14, para lo cual hay que hacer un feston flojo á las orillas y un punto cogiendo las ondas: las puntas



van terminadas por fleco, y de estos flecos anudados han recibido ya modelo nuestras lectoras, pudiendo utilizar para el entredós los infinitos bordados en tul que les ha ofrecido nuestro periódico.

El núm. 15 ofrece una corbata de abrigo hecha de punto de aguja y al biés en lugar de hacerla recta, para lo cual hay que comenzar por una punta como indica el núm. 16. Comiénzase por 3 puntos, y se ejecuta á punto de faja, ó sea del derecho, siempre volviendo á cada vuelta la labor: para darle forma, no hay necesidad más que añadir un punto al fin de cada vuelta, haciendo dos puntos en uno en el penúltimo, y el primero de todas las vueltas sin hacer. Así se aumenta hasta contar 88 puntos, y entonces se mengua el penúltimo punto una vuelta sí y otra no, y se crece en las contrarias, con lo cual los crecidos vendrán siempre á un lado y los menguados á otro, hasta que la corbata tenga el largo necesario, y entonces se termina del mismo modo que se empezó hasta terminar en 3 puntos: una vuelta de crochet junta las dos orillas, y borlas en las puntas la rematan; pudiendo hacerse esta corbata en algodón ó lana.

#### 17 Á 32. CAMA Y ROPA CORRESPONDIENTE.

Los lechos de palo santo siguen siendo los preferidos por la Moda, y á este género pertenece el que presenta el grabado núm. 30: los números anteriores presentan las prendas de ropa que le pertenecen de distintos modos adornadas. Es muy importante advertir que en Francia las almohadas se usan cuadradas y extrañarán por eso la forma nuestras lectoras, pero no hay más que acomodar el mismo adorno en la forma de nuestras almohadas. Los núms. 17, 18 y 19 muestran la manera de cerrar con botones las almohadas, colocándolos en una tira postiza, en la cual juntan ojales de las dos orillas. El núm. 26 presenta la almohada con los botones en ella misma. La ropa de cama con entredoses domina por el momento, y los entredoses 21 á 24 los ofrecen de crochet, de punto de aguja y de malla, todos á propósito para ropa de cama, y cuya fácil ejecución resalta clara en los dibujos: además pueden ser sustituidos con otros ya conocidos de nuestras lectoras; estos no tienen más objeto que demostrar los distintos géneros de adorno que admite la ropa blanca. Los núms. 17, 20 y 25 muestran almohadas cerradas con botones ó con lazos y adornadas de entredoses; el núm. 27 presenta el edredon de seda ouaté respunteado á la máquina y figurando que vuelve alrededor una sabanilla sujeta con botones y terminada con plegado, cuyo entredós debe corresponder al de la ropa de cama: el mismo lecho muestra otro edredon con tiras de encaje irlandés. Los núms. 28 y 29 son los colchones, el primero metálico y el segundo de lana hecho á la inglesa. Los núms. 31 y 32 muestran, el primero una muletila para cerrar almohadas y el segundo una banqueta que se coloca al lado del lecho.

#### 33 Y 34. BOLSA PARA ROPA BLANCA.

Bordado en muselina con aplicaciones de trencilla calada y sirting ó piqué.

(Pliego por el revés, núm. XIV, figs. 56 y 57).

**Materiales:** Muselina blanca, trencilla calada, forro de seda de color, algodón de bordar blanco, sirting blanco para las aplicaciones.

Este bordado, único en su género, produce un efecto muy bello, completándolo el forro de seda de color que sirve de transparente. La fig. 57 del pliego da el dibujo del fondo, y el grabado núm. 33 representa de tamaño natural la pata ó cartera que vuelve. La cenefa exterior puede ejecutarse por separado, y unirse luego á las partes bordadas. Antes de empezar la labor, se ponen las aplicaciones y se trazan los contornos del dibujo, marcándolos con un punto de perfil, ejecutándose luego el bordado á feston. Terminado este, se recorta el sirting á lo largo de los contornos, que estarán de antemano cubiertos con la trencilla en donde no haya festones.

Sobre el patron de tamaño reducido que dá la fig. 56 del pliego y que representa la bolsa abierta, la línea truncada demuestra que el forro de la parte de atrás y de la pata que vuelve, es de una sola pieza; la línea seguida marca la parte superior de la bolsa, y la contorneada el borde de la pata. El espacio entre la parte superior y la pata, mide 5 cents. Se forra el bordado, como hemos dicho, de tafetan, sujetándolo ligeramente con algunas puntadas, para quitarlo cuando sea preciso lavar la bolsa.

#### 35 Á 41. PORTA-TOALLAS Y TOALLAS DE TOCADOR.

Punto á la cruz y puntos largos.

El grabado 35 presenta un mueble muy útil y elegante para poner á secar las toallas despues de haberlas usado. Estas están bordadas de modo que no tengan ni

revés ni derecho, como las bordaban nuestras abuelas, lo cual exige mucha paciencia. Quizás todas nuestras suscriptoras recordarán haber visto que la antigua ropa blanca bordada y marcada, formaba por el revés cuadros á puntos largos. Esta labor, casi olvidada hoy, es sin embargo muy bella, y para volver á darla su antigua boga, damos una série de grabados representando los diversos puntos de que solia componerse, empezando por los más sencillos. El grabado 37, dividido en dos por una línea, representa el revés y el derecho ejecutado con algodón azul y encarnado. Este grabado muestra claramente cómo las figuras bordadas á la cruz sencilla, se reproducen de un lado por cuadros y del otro por cruces. La misma explicación puede aplicarse al grabado 36, en que las cruces encarnadas y los cuadros azules por el derecho, se trasforman por el revés en cruces azules y cuadros encarnados. Este punto se ejecuta fácilmente, pues haciendo puntos de cruz regulares por un lado, resultan por el otro cuadros proporcionados.

A fin de que se distinga mejor la diferencia del derecho y del revés, en el grabado 38 damos una aplicación de cañamazo sobre la tela. La mitad del grabado enseña la ejecución del punto á la cruz en línea recta, y la otra mitad el efecto de los cuadros por el revés. Para aprender el punto, es mejor ejercitarse sobre cañamazo Java, porque el trabajar sobre aplicación exige cuidados particulares. La hebra se sujeta de un modo imperceptible y jamás con nudo: se mete la aguja en el sitio designado por una cruz, se saca por el lado marcado con un punto (véase grabado 38), y así se forma el primer punto oblicuo, que solo se ve por el revés y que es necesario para empezar la primera hilera del derecho. El punto que sigue se explica por el mismo grab. 38; es el primero hecho por el revés, y el principal para formar el cuadro del revés, sobre el cual se ejecuta el punto de cruz sencilla, sacando la aguja de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, formando al mismo tiempo el cuadro del revés. El último de estos dos puntos, cruzándose, cubre el punto principal, que se encuentra fácilmente sobre nuestra grabado 38 estudiándolo detenidamente. Una vez al corriente del bordado en línea recta, con tres puntos para cada cuadro de cruces, se ensayan las desviaciones, que exigen muchas veces un cuarto punto para conservar la dirección de las cruces y para completar los cuadros del revés. Muchas veces tambien es necesario hacer un quinto punto debajo de la cruz terminada, para poder conducir la hebra á la cruz siguiente. Muy difícil es dar una explicación precisa de esta preciosa labor, sin embargo, indicamos con la mayor claridad posible en nuestro grabado 39 la dirección de las hebras, las combinaciones que suelen presentarse con frecuencia, el número de puntos que se emplean á este efecto, y la série de cruces terminadas. Es más fácil añadir un punto á la izquierda de la primera hilera derecha (véase grab. 39), pues no hay más que volver la labor para acabarlo. A partir de aquí, se continúa con facilidad la segunda hilera, y se vuelve con la misma á la primera dirección. Las letras del grabado 39 enseñan la dirección de los puntos oblicuos. Alternativamente, un punto reúne los tres sencillos, el siguiente reúne cuatro, y algunas veces un quinto punto oculto para conducir la hebra á donde se quiera. Desde la c (grab. 39) se presenta una combinación más difícil.

Se empieza haciendo el primer punto de arriba, luego el segundo á izquierda, como en la hilera oblicua, uno con cuatro puntos, luego el del centro, y por fin el último del modo ordinario. Cuando al derecho hay muchos puntos juntos, es imposible que del revés no salgan algunos cuadros dobles. La toalla-esponja representada extendida en el grabado 35, lleva, además de las dos cenefas que adornan las dos rayas lisas del tejido, una cifra original, como se ve muy á menudo en los bordados rusos antiguos; por ejemplo, letras de paño ó franela, con encima el blason de la familia y algunos sembrados sin revés, cuyos modelos hallarán nuestras suscriptoras en nuestro periódico. Pueden emplearse las figs. 26 á 28 del pliego por el derecho. Los grabados 40 y 41, dan el modo de pasar el fleco al punto de zurcido que adorna los dos extremos de la toalla, y el de anudarlo por medido de un punto de feston. Para hacerlo, se emplea un molde chato de madera y una aguja con hilo doble, que se mete de abajo arriba, un poco más alto que la orilla. El segundo punto se hace encima del primero, y rodeando otra vez la hebra en torno del molde se vuelve á meter la aguja para el cuarto punto al lado del primero y así siempre. El feston, que sirve al mismo tiempo de adorno y de remate, se hace por los dos lados con algodón de color, como indican los mismos grabados 40 y 41.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



#### LA MUJER.

(Conclusion.)

«Una princesa polaca que se hallaba de temporada en una ciudad de Francia, habiéndose visto obligada á hacerse sangrar, mandó llamar á un cirujano hábil y muy conocido, el cual, no obstante su experiencia y su fama, tuvo la desgracia de herir gravemente á la enferma. Presentóse la gangrena en la herida, la amputación del brazo se hizo necesaria, y esta operación tuvo tan funesto resultado, que ocasionó á la princesa la muerte. Dos días antes de su fallecimiento, la princesa hizo añadir á sus disposiciones testamentarias la cláusula siguiente:

«Conociendo el perjuicio que hará mi accidente al desgraciado cirujano que de él ha sido causa, dejo á dicho profesor la suma de 200 ducados de renta vitalicia, perdonándole su error, de todo mi corazón, y deseando ardientemente que de este modo se vea indemnizado del descrédito que puede ocasionarle mi catástrofe.»

¿Qué contraste hace en el primero de estos dos casos el padre, el hombre, que acumula riquezas causando infinitas desgracias, y la hija, la mujer, no responsable de los medios con que aquel se hizo rico, y que sin embargo, prefiere vivir pobre implorando la caridad con tal de reparar los daños causados por su padre, ántes que gozar de la abundancia y los placeres á costa de aquellos infelices!

En el segundo, un hombre causa, aunque involuntariamente, la muerte de una mujer rica, tal vez ansiosa de los goces de la vida, y su alma elevadísima, no solo le perdona sino que lleva su generosidad y prevision hasta el punto de evitarle los efectos de su descrédito.»

Y tanto más notables son estos y otros miles de ejemplos de igual índole que pudiéramos presentar, cuanto que en ellos no figura el amor como pasión, sino como caridad para con el prójimo. ¿Qué acción heroica puede haber de que no sea capaz una mujer enamorada? Para ella puede decirse que no existe la imposibilidad. Ciertamente que tambien sucede esto mismo con el hombre; pero no suele en éste, principalmente en la actual época, llegar esa pasión á un grado tan alto como en la mujer, por más que puedan citarse casos notables. El célebre Feijóo, hablando de las causas del amor, y oponiéndose á lo que dijo Bacon de que ningún grande hombre adoleció de la pasión amorosa, cita para probar que esto es un error, á Appio Claudio, Marco Antonio, Alcibiades, Demetrio el Conquistador, Syla, Surena, general de los Parthos, al Petrarca, Enrique el Grande y otros que estuvieron vehementemente dominados por el amor. Del monarca francés Carlos IV, Duque de Lorena, dice, que estando este Príncipe en Bruselas, se apasionó furiosamente por la hija de un Burgo-Maestre de aquella villa. La madre la guardaba con suma vigilancia, de modo que al Duque, por más que lo solicitó, le fué imposible hablar ni una palabra á solas á su amada. La casualidad hizo que en un festín se hallasen ésta, su madre y el Duque, y como la pasión de este era conocida de todos los concurrentes, por vía de chanza se empezó á hablar de ella, y el Duque tomó de aquí ocasión para poner á todos por intercesores con la madre para que dentro del mismo salón, y á la vista de todos, le permitiese hablar algo apartado, pocas palabras, en secreto con la hija. Rehusándolo la madre, propuso el Duque la condicion de hablarla no más que el tiempo que pudiese sufrir un áscua encendida, apretada en la mano. Tanto instaron á la madre para que consintiese, que al fin ésta accedió creyendo que seria imposible al Duque llevarlo á cabo. Apartóse pues él con la doncella, tomó el áscua en la mano, dió principio al coloquio, y quién sabe el tiempo que hubiese continuado en él, si la madre, llena de asombro (como todos los que se hallaban presentes) no hubiese acudido á cortar la secreta conversacion. La brasa estaba ya enteramente apagada á costa del intensísimo dolor que sufrió el Duque apretándola en la mano.

En contra de la opinion de Bacon está tambien la de Juan Barclayo, el cual reconoce espíritus altos en los géneros amatorios, y dice además: «Solo ánimos enteramente



bárbaros, son insensibles á los atractivos del amor. La verdad es que la mayor parte de los hombres han considerado el amor, mejor dicho, á lo que ellos llaman amor, como un simple entretenimiento. Ignoran lo que es esa pasión y la confunden con el galanteo, cuando no con otra cosa peor. Solo así se comprende que Diógenes dijera que el amor era la ocupación de los ociosos. Bien se deja ver que no era tan entendido en amor como en fabricar moneda falsa, y que si hubiese sido capaz de amar por la ociosidad en que vivía, nadie mejor que él debiera haberse dedicado á ejercitar ese sentimiento, pues pasaba su vida por las calles y plazas, casi desnudo, ya pidiendo limosna á las estatuas, ya con una linterna buscando un hombre, ya metido en un tonel (que siempre llevaba áuestas) tomando el sol, ya haciendo parecidas ridiculeces que en los tiempos actuales le hubieran valido el primer puesto en cierta casa de Leganés. De su conducta y moralidad no hablemos, porque nadie más cínico é inmoral. ¡Cómo había de saber lo que es amor! Bien le cuadrarían las palabras de Santa Teresa, de que «Satan no fuera Satan si fuera capaz de amar.» Solo un Diógenes pudo decir, viendo el cadáver de una mujer pendiente de un árbol: «Pluguiera á los dioses que todos los árboles llevarán siempre ese fruto.» ¡Y tendría madre aquel bárbaro! «Todo hombre, ha dicho Cornelio Agrippa, que no ama á la mujer, y más el que la odia, carece de virtud, de gracia y de humanidad.»

Pero es tan grande la injusticia humana, y tanto el orgullo del hombre, que siendo él tan imperfecto como la mujer, y mucho más débil que ella, á no ser en la fuerza bruta, llama á su sexo el fuerte, y se muestra inexorable con las debilidades del otro. No trato de santificar el vicio, ni aun de atenuar su gravedad; pero tengo por cosa ciertísima que de cien mujeres casadas que falten á su principal deber, las noventa, por lo ménos, lo han hecho por culpa de sus maridos. Es muy frecuente verse solas y abandonadas, y hasta sin recursos suficientes para las atenciones de la casa, mientras ellos los derrochan, ya en el juego, ya en otros vicios. Ciertamente que la mujer virtuosa debe resistir á toda prueba; pero si el hombre, el fuerte, no resiste y pone á la mujer en muy tentadora ocasión de faltar, ¿deberá estrañar que esta sucumba? «Cuando hayas dado á una mujer, dice Silvio Pellico, el sagrado nombre de esposa, debes consagrarte á su felicidad, así como también debe ella consagrarse á la tuya; pero la obligación que pesa sobre tí es tanto mayor, cuanto que siendo tu mujer un ser más débil, debes como más fuerte servirla de ejemplo, y proporcionarle toda clase de auxilios.»

Y respecto de la mujer en general, tampoco debemos condenarla con la ligereza que acostumbramos. Ya que con tanta facilidad hallamos disculpa á nuestros vicios, no seamos tan rigurosos con los de la mujer, sin examinar siquiera las causas que produjeron su culpa. «No insultéis nunca, dice Víctor Hugo, á una mujer que cae. ¿Quién sabe el peso bajo el que su pobre alma sucumbe? ¿Quién sabe los días de hambre que ha combatido? ¿Cuánto más criminal que la mujer es el hombre en la mayor parte de los casos en que ésta bajó de su pedestal! Ella, sin embargo, sufre un castigo terrible impuesto por la sociedad, mientras él... aumenta una página en el álbum de sus triunfos! Ella pierde su honra y llora con el mayor desconsuelo, y se ve rodar por el precipicio en donde la han puesto, al paso que él... ríe y goza, y es honrado con la desgracia de su infeliz víctima! ¡Y habrá quien no crea en otra vida y en otra justicia más que la de este mundo!

Aunque este asunto ofrece un campo vastísimo, voy á terminar, porque ya este artículo se ha ido haciendo demasiado largo, y tal vez insoportable para la inmensa mayoría de sus lectores. Mas lo haré poniendo por final las siguientes preciosas redondillas de la gran poetisa americana del siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz, que mereció el dictado de *Musa décima*.

Hombres necios que acusáis  
á la mujer, sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis;  
Si con ansia sin igual  
solicitais sin desden,  
¿por qué queréis que obren bien,  
si las incitais al mal?

Quereis con presunción necia  
hallar á la que buscáis  
para pretendida, Tahís,  
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede haber más raro  
que el que falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo,  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden  
teneis condición igual,  
quejándoos si os tratan mal,  
burlándoos si os quieren bien.

Siempre tan necios andais,  
que con desigual nivel,  
á una culpáis por cruel,  
y á otra por fácil culpáis.

Pues ¿cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata ofende  
y la que es fácil enfada?

Dan vuestras amantes penas  
á sus libertades alas;  
y después de hacerlas malas  
las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál será más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga,  
la que peca por la paga,  
ó el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis  
de la culpa que teneis?

QUEREDLAS CUAL LAS HACEIS  
Ó HACEDLAS CUAL LAS BUSCAIS.

FERNANDO G. DE SALAZAR.

### LA PAZ.

SONETO.

Sembrando espigas y esparciendo rosas,  
Como rayo de sol tras la tormenta,  
Llega la hermosa Paz que el trono asienta  
Sobre hacinadas ruinas quejumbrosas,  
Ya de la Roja Cruz huestes piadosas,  
No vuelan do el combate se ensangrienta,  
Ni el eco con sus ayes acrecienta  
El lamentar de madres y de esposas.

¡La Paz! ¡La dulce Paz! Jóven monarca,  
No te envanezca el lauro que ceñiste  
Ni los bélicos cantos de victoria:  
Goza porque al vencer la cruda parca  
Del dolor muchas almas redimiste,  
Que de un Padre y de un Rey esta es la gloria.

ANGELA GRASSI.

### Á LAS MADRILEÑAS.

SONETO.

Hijas del apacible Manzanares,  
Virgenes bellas, ínclitas matronas,  
Entonad, cual guerreras amazonas  
De victoria dulcísonos cantares,  
Y premiad á españoles militares  
Con cívicas guirnalda y coronas,  
Orgullo nuestro, envidia de otras zonas,  
Que allende bañan contrapuestos mares.

Ornen manos de rosa y azucena  
Del Rey la frente con laurel y oliva,  
Pues del averno encadenó las Furias;  
Mientras yo digo en dulce cantilena,  
¡Vivan las madrileñas; viva, viva  
La Princesa dignísima de Asturias!

GASPAR BONO SERRANO.

### EL DESEO DE LA SULTANA.

Hermosa como un sueño de verano,  
Pupilas cual si fueran á morir,  
Y enseñando un tesoro soberano  
De perlas al reir.

Ostentando la noche en su cabello,  
La nieve de las cumbres en su tez,  
Y doblando al andar su airoso cuello  
Con muelle languidez.

Fátima, la Sultana de las rosas,  
Antes que la Sultana del Sultan,  
Una mañana deja las ociosas  
Plumas de su diván.

Y bajando la escala de alabastro  
Cruza las galerías del Haren,  
Y entre la turba esclava, como un astro,  
Centellea su sien.

Penetra del Sultan en los salones;  
Late de su señor el corazón,  
Al ver, detras del velo, sus facciones  
Lánguidas de pasión.

—Ven á mis brazos, ven, luz de mis ojos!  
¿Qué quieres de mi amor ó mi poder?  
¿Por qué suspiran esos lábios rojos  
Hechos para el placer?

¿Quién nubla de tu frente la blancura?  
Habla: señala objeto á mi furor....  
Convertiré mi imperio en una oscura  
Mazmorra del dolor!

¿O es que quieres más perlas en tus sienes?  
¡Agotaré la mar! ¡Más flores! ¡Dí!  
¿No son bastante bellos mis harenes,  
Sultana, para tí?

Ella con lentitud la sien levanta  
Y arrojando sus trenzas hácia atrás,  
—Quiero, dice, señor, ver á mi planta  
Una cabeza más!

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

### JAMÁS.

Volverá tras el rudo y triste invierno  
Un tiempo halagador;  
Entonará su canto dulce y tierno  
Amante ruiseñor.  
Del benéfico sol la eterna lumbre  
Mostrará su esplendor;  
Y los valles que adornan la alta cumbre  
Se cubrirán de flor.  
Brillará del relámpago en el cielo  
El siniestro fulgor;  
Y en breve lucirá diáfano velo  
De azulado color.  
Las olas alzarán fiero murmullo,  
Al chocar con furor;  
Y volverán á su amoroso arrullo  
Y á su grato rumor.  
Buscando el corazón vana quimera,  
Miraré con ardor  
El bien y el mal, formando en su carrera  
Vaiven consolador.  
Mas nunca volverá la paz del alma  
Ni alivio á mi dolor;  
Que por siempre perdí, niña, la calma,  
Cuando perdí tu amor.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Madrid 1875.

### GALICIA PINTORESCA.

Á PONTEVEDRA.

I.

¡Salve, oh tú, la de los campos alfombrados de magníficas flores, lindas como los linos de Stambul, aromáticas como las azucenas de Alepo!

La impresion grande, agradable y profunda que se siente al verte por primera vez, no hay labios bastante elocuentes que la puedan explicar.

El esplendor y cuanto de su cielo deslumbra como el sol de tropicales regiones, y sus nacaradas riberas, son más hermosas que las del magestuoso Missisipi.

El murmullo de las aguas que serpentean sobre ellas como un collar de plata, es apacible como el arrullo de las palomas de los valles, y cada una de sus rocas un mosaico de las ruinas de ciudades sagradas, que el viajero contempla con mágico embeleso.

¡Salve, elegante amazona de las costas de Cantábrica, que con las brisas de tu dulce mar embalsamas la atmósfera de un perfume delicado como incienso de los altares, que infiltrándose en la sangre produce ese entusiasmo que predispone á la adoración del Omnipotente, con un fervor espléndido y sublime!

II.

¿Quién no se eleva á un mundo en que todo es bello, juvenil y poético, al ver sus bordadas praderas, contemplando esos árboles que se columpian con graciosa coquetería abrazados por enredaderas de múltiples colores, y á quienes dulce céfiro acaricia como á hermosa doncella reclinada en florido césped?

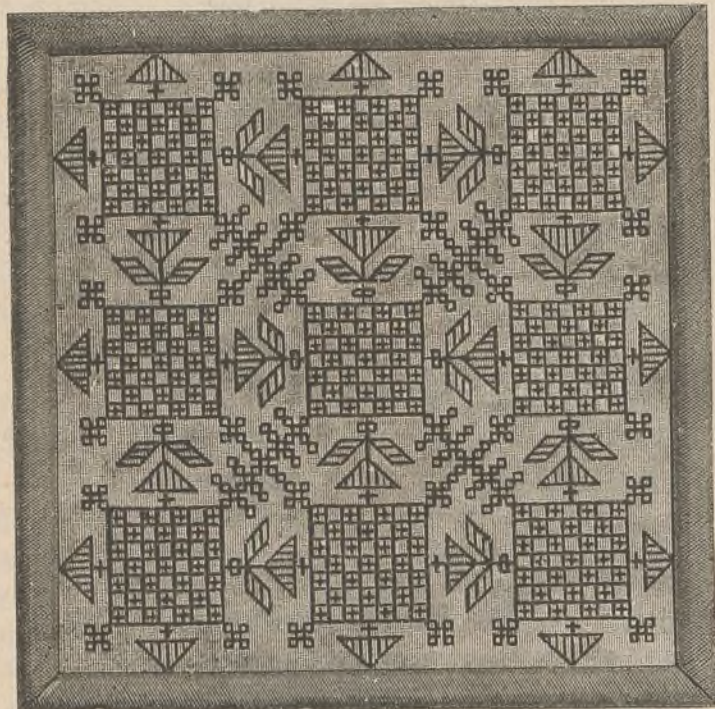
¿Quién no sueña, como enamorada virgen, con las impresiones que produce el arrebatador espectáculo de su río Lerez, el más bello florón de su inmarcesible corona, que alimenta á mil peces juguetones, como mariposas de



ameno vergel besando sus floridas orillas con la espuma de su preciosa linfa, para que luego el sol la dore con sus vívidos fulgores?

¡Oh, cuán admirable es allí el astro matutino! Todos los seres parecen unirse por un vínculo invisible, y en sus bosquecillos de verdes naranjos cantar mágicos hosanas a la desventurada Galicia, donde la idea de lo bello se comprende, porque Galicia es patria de la inspiración.

¡Veis esas vides que se extienden por un campo matizado de violetas, y esas mieses que tapizan la tierra en simétricas formas, y esos árboles enriquecidos de exquisitas frutas en cuyo follaje cantan con tierna melodía mil arpados ruiseñores?



9. Mantel para té. (Véanse los núms. 40 y 42).

¡Veis esas franjas de plata que se destacan en forma artística sobre el lecho de un mar que el reflujo de la corriente ha llevado a mayor altura, y veis cómo mujeres de rubia cabellera se entretienen en recoger de su fecundo seno sabrosos mariscos que sirven de regalo en la mesa del plebeyo y del señor?

¡Veis esos saltos de las barquillas, el crujido de los palos, el silbo de las ráfagas, y oís ese conjunto de sonidos que conmueven más profundamente que las notas de una armoniosa arpa?

Pues todo esto, y más aún que podáis ver y sentir, todo tiene Pontevedra, jardín de las Hespérides, perla de Galicia, cuya hermosura bastaría para hacer amados a los gallegos de gentes que se juzgan menos civilizadas que sus ignorantes detractores.

### III.

¡Pontevedra!... ¡Quién no sueña con las maravillas del Apocalipsis, después de haber visto una vez el más pequeño sitio de su risueña planta? ¡Quién entonces no siente amor por todos los hombres, sin excepción de clases y opiniones, y reclama el reinado de la paz y la abundancia, lamentando con tristes lágrimas la suerte fatal que les cupo a las pasadas generaciones?

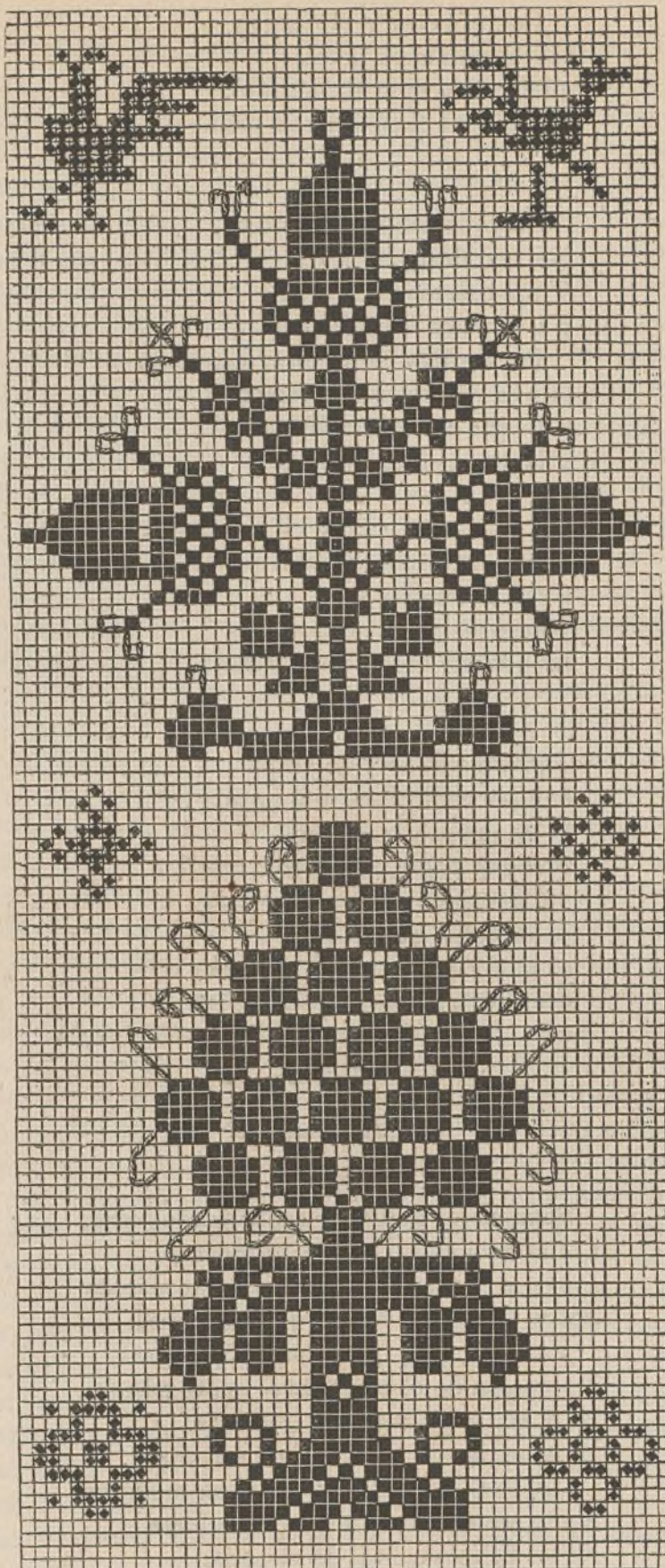


13. Corbata con entredós. (Véase el núm. 14).



14. Costura á feston para la corbata núm. 13.

¡Quién no ve entonces su dignidad radiante de gloria y esplendor, y siente en su mente el dulce ardor de la poesía, y canta las preciosidades de una mansión crea-



12. Tira para el mantel núm. 11. (Véanse las figs. 26 á 28 del pliego del 13, por el derecho).

da por Dios para embellecer el ameno panorama de la península ibérica, donde hay bosques sagrados y arroyos de ópalo y coral?

¡Oh! dejadme, dejadme, hados fatales, sumergirme en ese piélago de delicias! La brisa es suave. Estoy en una colina encantadora donde hay frondosidad y frescura. Desde aquí veo la isla de Ous, linda como una de las del mar Egeo, cuya cúspide cubierta de bruma que se eleva en espirales a la bóveda celeste, se asemeja a la brevedad de la vida: veo también a Marin, muellemente sentada como una paloma sobre peñas que parecen dibujadas por romántico pincel, y veo en lontananza la vela de un barco que surca el mar con el balanceo de la cuna de un infante; y diviso, por último, las encumbradas cimas de montes como los del Líbano y el



11. Mantel para té. (Véase el núm. 12).

Táuro, poblados de gigantescos pinos, cuyo selvático aspecto derrama en el espíritu vaga melancolía.

### IV.

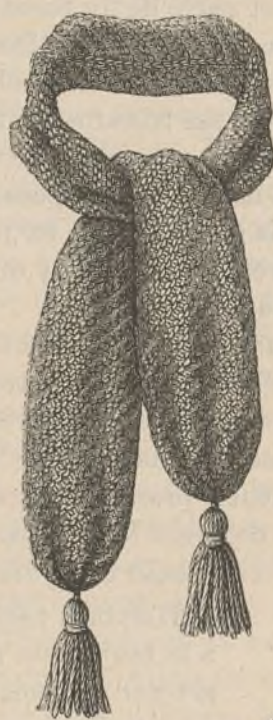
Dejadme llorar y orar con fervor y confianza, porque el corazón se dirige a Dios, y así creo gozar completa felicidad. Dejadme contemplar esos cipreses bellos como las palmeras de la Mesopotamia, que se elevan pujantes en el huerto de una casa de Alba, la hechicera aldea de Pontevedra, donde crecen los nardos y alhelios como en las márgenes del Gehon, y donde las gotas de rocío yacen hasta la hora vespertina en los pétalos de las rosas, brillantes como facetas de diamante.

Mi corazón se inflama en sentimientos puros y generosos al ver el magestuoso ramaje, el variado velo de sus follajes, toda esa vegetación riquísima que debe ser el trasunto de la de aquel paraíso que profanó la tentadora astucia de una mujer.

¡Oh! ¡las impresiones que produce tan bello panorama, se graban profundamente en mi alma, y son ya como las de mis amores, el elemento de mi existencia.

### V.

¡Idolo de mi amor! Oye, quiero contar lo que he visto ayer en un sueño apacible y



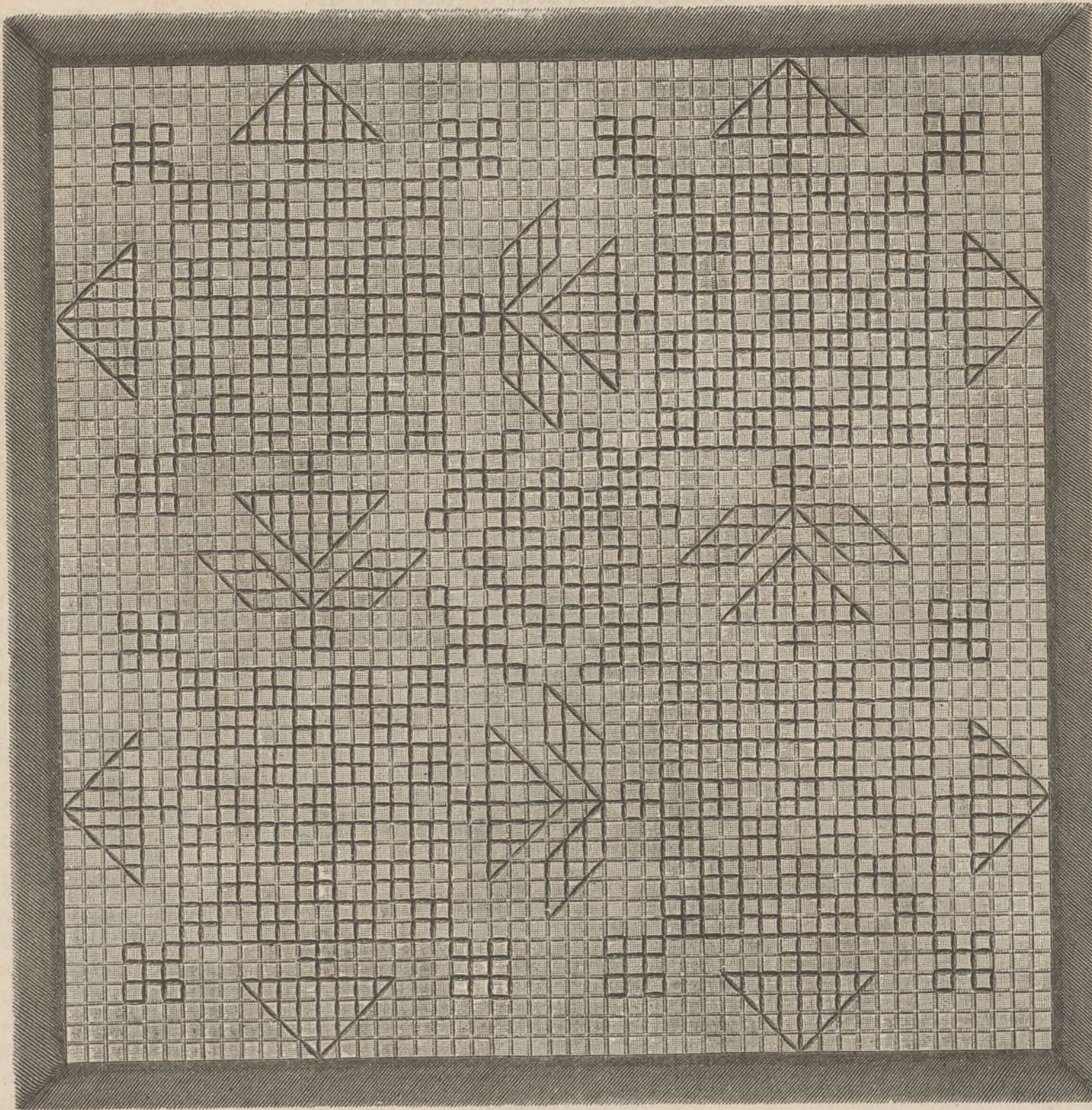
15. Corbata de punto de aguja. (Véase el número 16).



16. Punto para la corbata núm. 15.

tranquilo.

Estabas sumergida como una ondina en el río Lerez hasta tu alabastrino cuello. Tu cabello de ébano flotaba sobre la superficie de su cristalina agua en ensortijados



10. Dibujo para el mantel núm. 9. (Véase también el núm. 42).





Pl. 276.

EL CORREO DE LA MODA.

*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Isabel II<sup>a</sup>, 2, Madrid.



rizos, y tus  
distruidos pa  
agitarse con  
que los acari  
en el horizon  
tizado de esp  
tes lumbrer  
ras, se refle  
jaba tu sem  
blante en  
cantador.

Hubo un  
momento  
de religio  
so silencio;  
mas de

pronto, un  
coro de ánge  
á las celestes  
con estático

Tú te eleva  
tabas... ¡Oh!

Iba á desfa

Mas tú sin

caer á mis pi



21. Entre

de génios ilu  
no; que has  
atravesaron  
cer las glorias

¡Salve, t  
extranjeros  
poetas!

Yo te con  
como el que  
verdad y al  
generadoras  
cristianismo

Yo, cual  
mundo más  
gico prisma  
llezas imagi  
diminutas v



oro, la plat

¡Salve, t  
y desvalid  
cencia; que  
una escuela  
maestros.  
pequeños  
dinero sin  
la, para co  
brar sus c  
ticas!

Estas in  
una idea s  
patriotism  
colocan en  
frente de l  
y tanto ma  
rito, cuant  
pueblo de  
que aun en  
ma supone  
es una ing  
sumida en  
mentable

Aves qu  
tro nido s  
na de mi  
más dejeis  
esa melod  
rulla dulce

Brisas c  
la hora m  
fervido h  
perturbad

Sol qu  
el insomn  
ocultes b

Yo can  
de un alta



rizos, y tus labios distraídos parecían agitarse con la brisa que los acariciaba, y en el horizonte matizado de esplendentes lumbreras, se reflejaba tu semblante encantador.

Hubo un momento de religioso silencio; mas de pronto, un

coro de ángeles descendió sobre tu cabeza, y arrebatándote á las celestes alturas, te robó á mi vista, que te había mirado con estático embeleso.

Tú te elevabas, rápida como el águila, y huías... y te ocultabas.... ¡Oh! quise tener alas para seguirte.

Iba á desfallecer.

Mas tú sin duda comprendiste mi inmenso dolor, y dejaste caer á mis pies una purpúrea rosa, que recogí con febril ansiedad y besé con frenético entusiasmo.

Esta flor la conservaré eternamente, porque es de Pontevedra, y porque ella ha de ser el talismán que me libre del infortunio y me dé fe y esperanza, valor y abnegación para luchar contra los enemigos de la dicha y buen nombre de Galicia.

Haya siempre una perfecta armonía entre mi alma y esta flor, y siempre se ofrezca á mi vista Pontevedra como la Tierra Santa, ó la tierra de Canaan.

## VI.

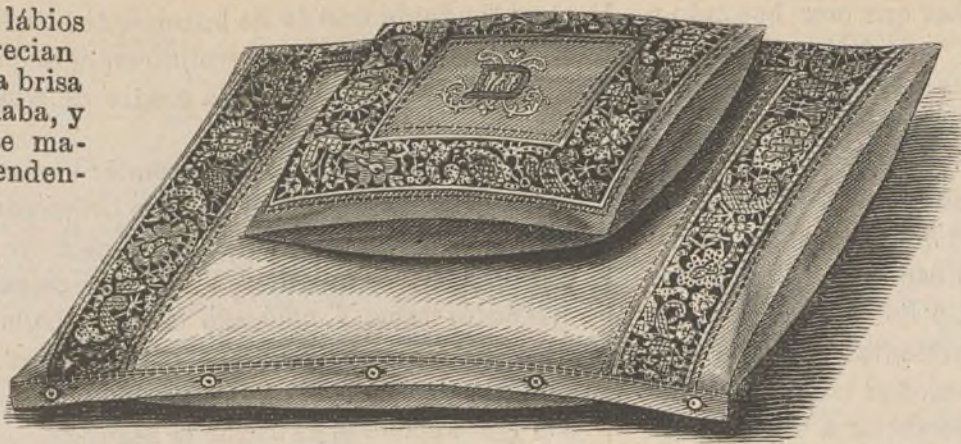
¡Salve, ciudad de Tene-

nero, tú que eres cuna de géneos ilustres en todos los ramos del saber humano; que has visto nacer á esforzados navegantes que atravesaron mares procelosos, convulsos y agitados, para enriquecer las glorias de nuestra marina!

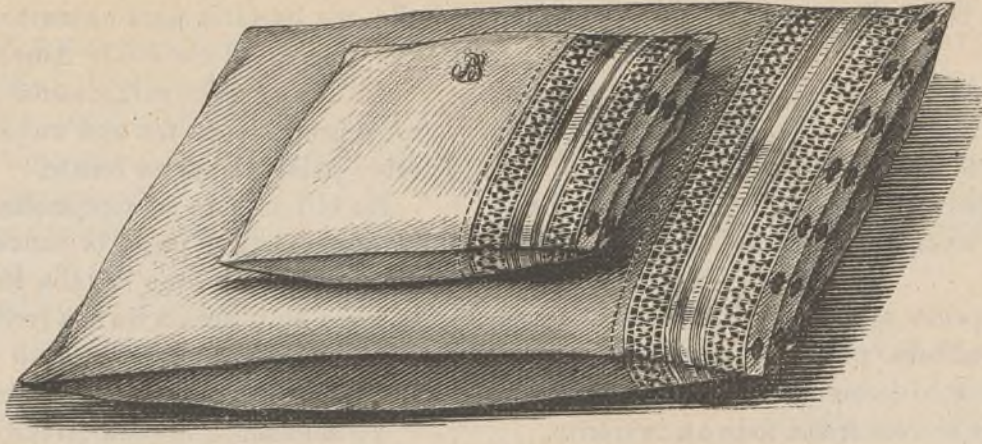
¡Salve, tú que cobijas hadas y hurís, cuyo encanto fascina á los extranjeros y es dulce imán de los poetas!

Yo te consagro de hoy más un amor como el que profeso á mi madre, á la verdad y al progreso de las ideas regeneradoras del siglo, basadas en el cristianismo.

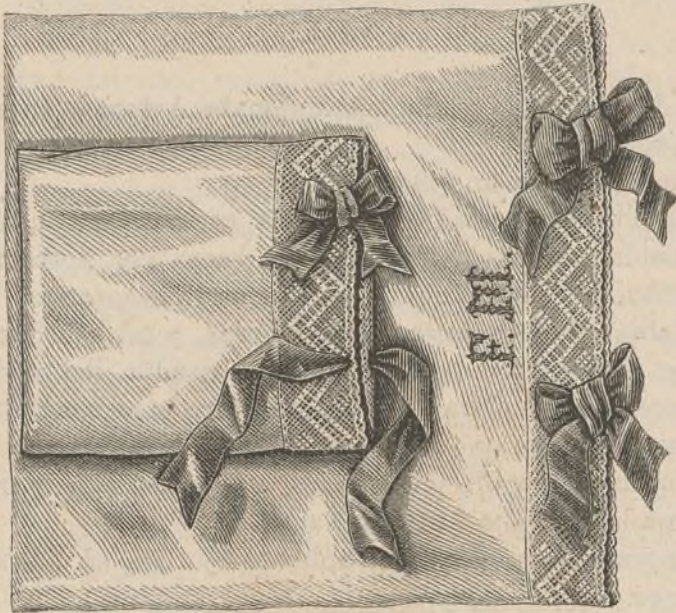
Yo, cual el infante que no ve el mundo más que á través de un mágico prisma, veo en tí todas las bellezas imaginables, y sus plantas más diminutas valen más para mí que el



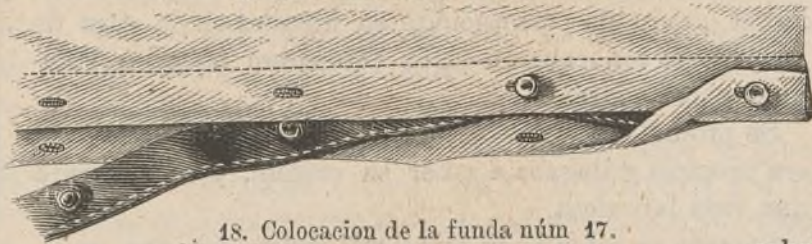
17. Almohadas bordadas. (Véanse los núms. 18 y 19).



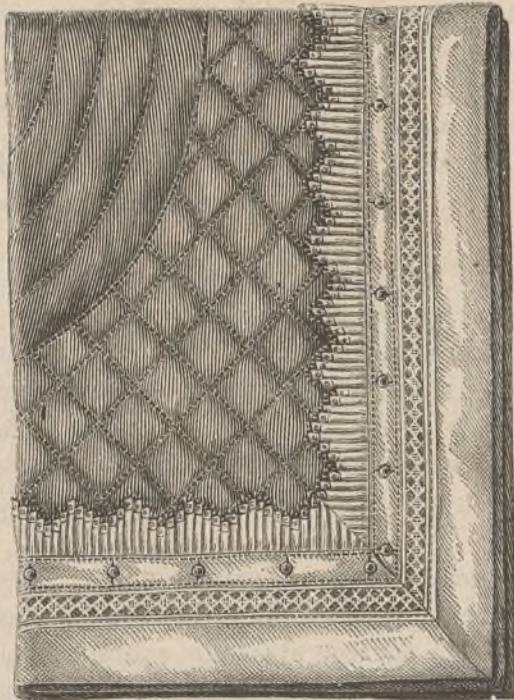
20. Almohadas con entredoses. (Véanse los núms. 21 á 24).



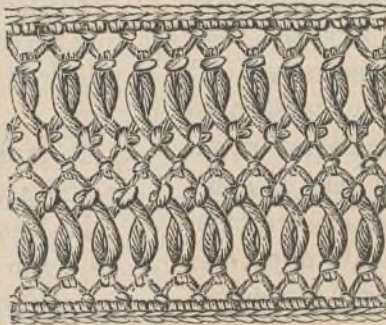
25. Almohadas cerradas con lazos.



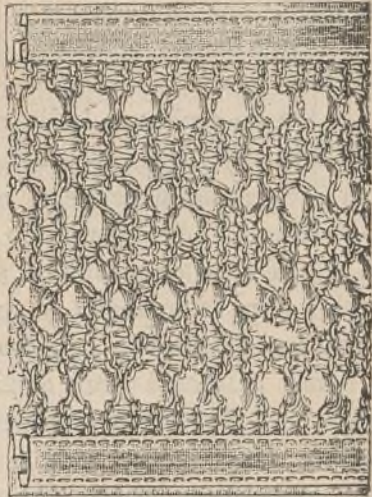
18. Colocacion de la funda núm. 17.



27. Edredon con sabanilla abotonada.



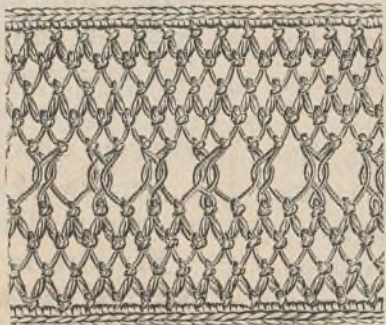
24. Entredós de malla.



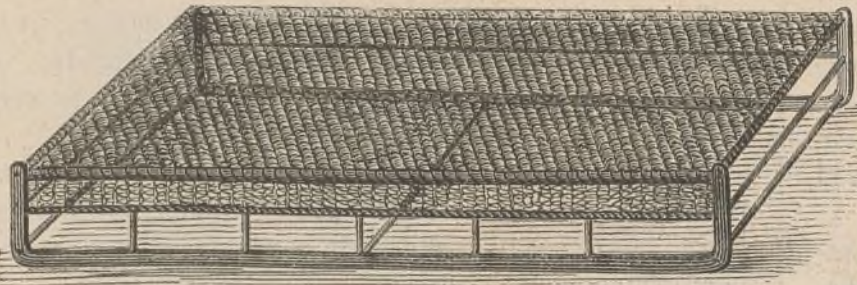
22. Entredós de punto de aguja.



21. Entredós de crochet.



23. Entredós de malla.



28. Colchon metálico.

oro, la plata, las perlas y diamantes.

¡Salve, tú que alimentas al pobre y desvalido en una casa de beneficencia; que educas á los párvulos en una escuela dirigida por preclaros maestros, y que proporcionas á los pequeños agricultores de su recinto dinero sin usura de un banco agrícola, para comprar mieses con que sembrar sus campos y atender á sus necesidades domésticas!

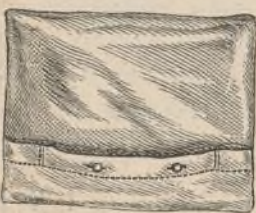
Estas instituciones realzan su mérito, porque dan una idea sublime de la generosidad de tus hijos y del patriotismo de tus autoridades: estas instituciones te colocan en el número de los pueblos que marchan al frente de la civilización, y tanto mayor es tu mérito, cuanto que eres un pueblo de Galicia, país que aun en España misma suponen muchos que es una ingrata comarca sumida en el más lamentable atraso.

Aves que teneis vuestro nido sobre la ventana de mi dormitorio, jamás dejéis de trinar con esa melodía que me arrulla dulcemente.

Brisas que me traéis néctar de vida á la hora matinal, jamás los miasmas de fúervido huracán os tornen en agente perturbador de mi existencia.

Sol que doras mi faz marchita por el insomnio de mis delirios, nunca te ocultes bajo nubes de densa oscuridad.

Yo cantaré vuestra grandeza al pie de un altar que elevaré en risueño valle,



19. Funda de almohada abotonada.



32. Banqueta para los pies.



31. Muletilla para cerrar almohadas.



30. Lecho completo.

y este altar lo adornaré con flores como la..., que no cambiaría por todo el oro de Ofir, para adorar en él al ídolo de mi amor.

¡Salve, Pontevedra, mil veces salve!

1858.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

## LA SOTA DE OROS.

## VI.

La posición de los padres de Amelia les permitía hacer de su casa un centro de reunión de la más escogida sociedad.

Tiempo es ya de que digamos dos palabras sobre estos nuevos personajes.

Su nombre iba acompañado de la aureola que en nuestros días engendra una cuantiosa fortuna.

Ante la sociedad era sencillamente un matrimonio como muchos, y una hija modelo de cariño y de virtud.

Esto último era cierto, pues en Amelia se reunían las tres condiciones indispensables á toda heroína de novela: hermosura, candor, sensibilidad.

En cuanto á sus padres, diremos, que al levantar el velo de su conducta íntima, no podríamos menos de retroceder asustados.

El hubiera podido servir de modelo para el perfecto caballero y el hombre de cálculo; su honradez montaba tanto como su crédito, que era bien extenso.

Y aunque ignorada por el público, poseía en secreto la virtud de la paciencia, desarrollada hasta un grado máximo, desde el principio de su matrimonio.

Su esposa era lo que puede llamarse una criatura desgraciada, que á pesar de sus cuarenta años no había sabido conquistar la experiencia de una niña de quince.

Nacida en la opulencia, había sido para ella casi un sacrificio entregar su mano al que entonces era un principiante en los negocios burocráticos, sin más patrimonio que su porvenir.

Quizás por extremada debilidad de

su esposo, había seguido predominando en su espíritu, y sosteniendo, una supremacía mal cimentada.

Esto dió origen á una serie de disgustos domésticos, que terminó por una separación secreta, siendo ella á su vez causa de una vida demasiado libre para su esposa.

No entraremos á detallar los mil y constantes hechos de su conducta, que pudieran dar origen á más de una novela romántica.

Sabido es que cuando en la mujer llega á debilitarse la idea de un deber, no hay freno ni obstáculo que pueda detenerla.

Por esta razón Amelia había vivido siempre más próxima y con mayor intimidad respecto del padre, que insensiblemente para ella había sabido cohonestar la pernicioso influencia que en su educación pudiera tener la degradada conducta de su esposa.

Afortunadamente, hasta entonces se habían ido cubriendo las apariencias, y el padre de Amelia, que se consideraba esclavo del qué dirán, sacrificándolo todo ante la opinión pública, apuraba en silencio toda la amargura de su situación, sosteniendo valerosamente en sus labios una satisfactoria sonrisa que causaba la envidia de muchos.

## VII.

Las doce de la noche habían sido repetidas en mil tonos distintos por los relojes de los salones de la casa de Amelia.



En uno de ellos se bailaba; aquella era la hora de mayor animación.

Los señores de la casa, según había apuntado ya en su cartera algún gacetillero, habían hecho los honores de la fiesta con su característica amabilidad.

Nada dejaba que desear el conjunto de aquellas habitaciones, donde se había derramado el oro á manos llenas.

Conocido es el aspecto que presenta una casa amueblada con gusto y poblada por una numerosa sociedad de buen tono; por esto solo diremos que el baile de aquella noche era de esos que se recuerdan todo un invierno.

Haciendo pasar rápidamente al lector por el salón de baile y por los otros, poblados de bulliciosos jóvenes, le haremos tomar asiento junto á una lujosa chimenea de mármol negro, donde por costumbre se ven aun algunas áscuas, aunque nos encontramos casi en plena primavera.

Dos sujetos que ocupan un elegante confidente de terciopelo cereza, sostienen á media voz una conversación animada.

En ellos reconoceremos á Arturo y al padre de su prometida.

La faz de ambos se halla velada por un tinte de seriedad, que en el banquero toma un carácter de amargura, y en Arturo se mezcla con cierta expresión de sorpresa.

—He creído cumplir como caballero y como padre, decía el que lo era de Amelia, al descender el velo impenetrable, para la sociedad y aun para mi misma hija, que oculta los detalles de nuestra desventura doméstica. No sé cómo calificarás mi conducta. La generalidad confunde una debilidad reprochable con el respeto á sí mismo. Bien sé yo, que no me hubieran faltado medios coercitivos para obligar á mi esposa á entrar en el cumplimiento de sus deberes; pero hijo mío, librete Dios nunca de querer conquistar por la fuerza lo que se te debe de derecho; ni es posible que satisfaga el triunfo ni este pueda llegar á ser completo. Hoy, por desgracia, toco los resultados de un acto que el mundo alabaría y que yo califico solo de imprudencia.

Y bajando la voz, añadió luego:

—Es necesario que lo sepas todo; hace más de un mes pude notar en ella una afición desmedida al juego, que no sabía disimular y que la arrastraba á pesar suyo. Al prohibirla severamente que tomara parte en ninguna de esas inocentes partidas, admitidas en buena sociedad, no escuché de sus labios la más ligera réplica; pero en cambio hoy he sabido lo que apenas me atrevo á creer: sé que acompañada de un antiguo dependiente mío, que hoy tiene á su servicio, y á quien yo despedí por su inmoralidad en el despacho, ha pisado alguna casa, donde oculta á la mirada del público por una espesa celosía, ha perdido cuantiosas sumas sobre el innoble tapete verde.

No dejó Arturo continuar al banquero, lanzando una exclamación indefinible, que aquel tradujo por una justa indignación, pero motivada en realidad por el recuerdo de la noche anterior.

Comenzaba á ver algo, pero no con la suficiente claridad todavía, para poder darse cuenta del laberinto en que se encontraba perdido.

El banquero movió la cabeza tristemente, lanzó un suspiro prolongado, y continuó:

—Quizás he sido contigo demasiado franco, pero puesto en el camino de la revelación, es muy difícil contenerse, tú eres la única persona que conoce mi vida íntima; pero al enlazarte á mi hija, he creído necesaria esta larga confesión. Tal vez el tiempo se hubiera encargado de revelarte, abultándolos los hechos que acabas de escuchar, y entonces pudieras abrigar dudas acerca de la pureza de sentimientos de tu esposa. Hoy ya no tengo ese temor, puesto que sabes lo alejada que de su madre ha vivido. Amelia es hoy tan inocente, como lo era al recibirla en mis brazos por vez primera: cree á su madre digna de todo su respeto y cariño. ¡Que nunca sepa lo que acaso hiciera disminuir esa veneración que todos los hijos deben á sus padres!...

—Sabré apreciar en lo que vale esa franqueza que tan dolorosa debe haberle sido; contestó Arturo llevando la mano á su corazón, y á mi vez quiero corresponder con la misma sinceridad.

—Sé á lo que puedes referirte. Hace muchos años, cuando mi fortuna estaba en el porvenir, conocí á tus padres en el lugar de tu nacimiento: su posición era desahogada; su fortuna, sin ser caudalosa, era lo bastante para sostener sus obligaciones; hoy eres tú el dueño de ella. La suerte te ha favorecido en algunas especulaciones; tu posición de soltero, es casi brillante. No necesito darte detalles inútiles. No sé qué defectos tuyos pueda yo ignorar, pero me basta conocer tu nobleza de sentimientos. Estás en posición de no representar un papel humillante al recibir el dote de mi hija; esta consideración me ha sugerido lo dicho; aparte de

ella, me bastaría para quererte saber que eres honrado y que mereces el cariño de Amelia.

Arturo estrechó calurosamente las manos del banquero, y procuró ocultar una nube de angustias que cruzó á estas palabras por su frente.

En el fondo de su conciencia veía este dilema terrible: «ó doblaba en el juego la cantidad de billetes, considerable por cierto que llevaba en su cartera, en cuyo caso entraba en posesión de sus rentas, ó había de renunciar á la mano de Amelia, para no representar el papel más triste y degradante que nuestra sociedad conoce.

Ya sabemos que para Arturo renunciar á Amelia era renunciar á la existencia.

## VIII.

A las tres de la mañana abandonaba Arturo la casa de su prometida.

Su cabeza era un volcán.

Amelia había estado con él más cariñosa que nunca; la había paseado triunfante del brazo por entre una multitud que le prodigaba los elogios y las sonrisas.

Había sido feliz unas cuantas horas, y tal vez dentro de un instante todo aquel panorama risueño iba á desvanecerse como el humo, porque Arturo se encaminaba á la casa de juego que ya conocen nuestros lectores.

No iba arrastrado por el vicio; una fuerza fatal y misteriosa le obligaba á ejecutar aquel acto.

Recordaba aquel inexplicable consejo: *jugar á la sota deoros*.

Presumía que la madre de Amelia era la misteriosa mujer que había pronunciado su nombre en la casa de juego: pero ignoraba de quién provenían aquellos billetes y aquel consejo.

Se prometía devolver aquella cantidad, si la suerte le era propicia y llegaba á saber su origen, y dedicarse á una vida laboriosa.

Sumido en estas y en otras mil reflexiones que parecían luchar dentro de su cerebro, subió maquinalmente la tortuosa escalera, que creía haber bajado ya por última vez, y penetró en la sala que conocemos.

En nada había variado el aspecto de esta.

Arturo, de pie, apoyado en la mesa, esperó á que terminara la jugada, fijando sus ojos en la misteriosa celosía.

Rompió por fin el banquero la envoltura de una nueva baraja y arrojó las dos primeras cartas sobre el tapete.

La baraja que usaba era casi una obra de arte por lo delicado del dibujo; no era una de esas vulgares que generalmente se usan en tales sitios; pero ciertamente que los espectadores no debieron reparar siquiera en esto, ni tampoco en que había variado también la persona del banquero.

Al caer sobre el tapete el primer naipe, Arturo lanzó una exclamación de sorpresa; era la sota deoros.

Como poseído por una atracción sobrenatural, se inclinó sobre ella, y al hacerla, aumentó su emoción hasta el punto de quedar intensamente pálido.

Se creía presa de un sueño y no acertaba á darse cuenta de lo que sus ojos le decían; en aquella figura, habilmente dibujada, había reconocido la fisonomía de Amelia.

Tomando un carácter fantástico, Arturo veía crecer aquella figura, abultarse, desprenderse de la superficie en que se hallaba dibujada, y fijar en él sus grandes ojos azules, sacudiendo su rubia cabellera con un movimiento que le era habitual.

Todo esto pasaba en menos del tiempo necesario para describirlo.

Oyóse entonces detrás de la celosía una tós significativa, y Arturo, fuera de sí, como poseído de un vértigo, arrojó sobre el naipe toda su fortuna.

Aunque acostumbrados á jugar fuerte, como vulgarmente se dice, los que presenciaban esta escena, no pudieron contener un murmullo de sorpresa, que se desvaneció ante la tranquilidad con que el banquero decía mirando en derredor:

—¿No hay quien juegue más, señores?...

Ni una moneda, ni un billete acudieron á este llamamiento; los pocos instantes que transcurrieron hasta el fin de la jugada, debieron parecerle siglos.

Arturo, sin embargo, escuchó como un eco lejano la voz del banquero, que le decía abandonando su puesto:

—Puede V. retirar esta cantidad.

Se habían realizado los sueños de nuestro héroe.

## IX.

Si Arturo hubiera poseído el don de ubicuidad, que acompaña á todo novelista, hubiera podido hallarse descifrando el enigma de su fortuna, en una carta lacrada y con sello del interior que aguardaba la mano del cartero,

en el fondo de uno de los buzones de la calle de Carretas al día siguiente del que terminó en el número anterior.

El sobre iba dirigido á la madre de Amelia; su contenido era el siguiente:

«Señora: Aunque sin comprender los motivos que respeto, he cumplido con lo que me ordenaba, y gracias á mi acreditada habilidad en el manejo de los naipes, he pasado á manos de quien V. sabe, la respetable cantidad que antes había V. colocado en mi bolsillo: nadie ha podido apercibirse, ni de mi viaje á su casa, cuando fiel á sus órdenes, le entregué la primera cantidad, ni del modo con que anoche le entregué la segunda.

Al despedirme V. de su lado, no le guardo resentimiento alguno: recuerdo perfectamente sus palabras y no tengo motivos para dudar de ellas.

Me ha hablado V. de un arrepentimiento que comenzaba á germinar en su alma y que la impulsaba á jugar el papel de hada benéfica en el porvenir de su hija.

No sé por qué juzga V. incompatible mi presencia con ese arrepentimiento; pero como quiera que V. me ha prometido una renta viajera, con la precisa condición de abandonar á España, me resigno á este sacrificio, con tal de complacerla.

Adjuntas son las señas de mi domicilio futuro en el vecino reino, y aunque no lo creo necesario, sirva esta para recordarle que obran en mi poder bastantes pruebas para imposibilitar los efectos de ese extraño arrepentimiento, si faltara V. á la palabra empeñada.

Dios premie sus buenas intenciones y la permita perseverar en ellas.

No olvide V., señora, al que siempre ha sido su humilde criado Q. B. S. P.»

A esta carta seguían una firma y unas señas de domicilio.

## X.

Dos palabras para terminar este cuento que tiene mucho de historia.

Arturo casó con Amelia, y en los momentos en que trazamos estas líneas acabamos de verlo del brazo de su esposa, ante un escaparate de la Puerta del Sol, donde se leé un anuncio con letras gruesas que dice: «*Canastillas para recién nacidos*».

Aun ignora el origen de su fortuna, y todavía no se ha atrevido á confesárselo á su mujer.

Pero ha sido tan saludable la lección, que puede citarse como modelo de hombres laboriosos.

El padre de Amelia no acertaba á comprender todavía la súbita variación de su esposa.

De esta diremos, que solo puede reprochársele un celo religioso algo excesivo.

También añadiremos que más satisfecha aun que nuestros personajes, por creerse la autora de su felicidad, se halla aquella señora, que tan espontáneamente se ofreció como consejera de Arturo.

Terminaremos aconsejando á nuestros jóvenes lectores, que no se dejen seducir por el ejemplo de nuestro héroe, porque estos milagros de la suerte, se dan con menos frecuencia en la realidad que en las novelas.

ADOLFO R. GAMEZ.

Madrid.

## UN RUSO EN ESTAS FIESTAS

6

REVISTA DE LAS MISMAS

EN TRES CAPÍTULOS.

## CAPÍTULO I.

EN MARCHA.

—Oiga V., tío Roque, conque ¿es verdad que se va ese cacho é cielo de su hija de V. con la tía Perica á los Madriles?...

—Sí; la seña Perica, la arcadesa, tiene que ir por proposición de su mario el señor arcade, y sea ensinifacio á llevarse á mi Ruperta; y ya se ve, como mi chica no ha visto nunca eso, he dicho, pus anda Rupertica, distráite un poquillo por esos Madriles y refocílgate cuanto puedas; yo me queo aquí tan y mientras, que ya estuve en esa plobación un día, cuando fui á llevar juías, y me gustó mucho, qué quiees, hombre, esta via hay que pasarla á tragos.

—Pero tío Roque, ¿pa cuando es la partia?

—Dentro de una horica, lo más, saldrá en la galera del tío Colasillo, y regularmente dentro de tres días estará en los Madriles. Ya ves tú que hace el camino con toa comoia.



—¿Pero no comprende V. que en esa plobacion la gente es mu mala, y me van á quitar la novia?...  
—Cá hombre, en esvolviendo á esta tu novia, será como antes. Ella te tiene mucha querencia, y no se pue esvolver de la palabra que te dió. Si tus padres te dejaran ir, irías con ella.... pero ya sabes que no quieren.... ¡cómo ha de ser, pacencia!... pero quéate sobre eso, sin cuiar nenguno.... Pero mira, aquí llega ella que te lo irá....

—Ola, Rupertica, resaláa.... conque ¡no hay remedio? ¡te vas á los Madriles?

—Sí, chiquio, y si quiees manda, que esmu fina mi voluntá.... Mira, ya está la galera del tío Colasillo, ahora mesmo acaba de llegar.... conque.... acompáñame, y acuérdate de mí.... que yo no olvidaré la querencia que te tengo....

—Pues á Dios, chiquia, y que te endiviertas, ¡tráeme una memoria de allí, y de aquí á luego....

Este diálogo se sostenia en una de las calles del lugar X...., en ocasion de que una frescota aldeana se dirigia, acompañada de un forzado y apuesto mozo, y un anciano que revelaba años vigorosos todavía, hacia la carretera, donde un carro de esos en que cabria medio mundo, esperaba con la calma y sosiego peculiar á s peso, y una vez que fueron llegados, dió un abrazo el tío Roque á su hija, que fué recibida en brazos de la *señá alcaldesa*, que encima de unos colchones estaba empi gorotada... y de imágen que hubiera asustado al mismo demonio.... y con un «hasta ispués, Rupertica,» de el forzado paleta ó ruso, que es lo mismo, púsose la galera en marcha con paso lento y magestuoso vaiven, como diria un poeta, lo mismo que la tradicional carreta de nuestros provincianos, con su chiii... rri... chiii..., habiendo tardado próximamente una hora en desaparecer de nuestros presentados personajes, que atónitos quedaron uno á otro mirándose.

—Pus señor, ya se fué mi Rupertica... me faltará unos dias... pero se diversionará, dijo el padre... al mismo tiempo que muy bajo el mancebo murmuraba...—No me conformo... Adios, tío Roque, dijo, y ambos desaparecieron en distintas direcciones al poco rato.

Y no tardó mucho en aparecer ginete en una hermosa mula, Zacarías, que así se llamaba el mozo que vimos hablar con el tío Roque y su hija momentos hace, y ligero, tan ligero como su caballería se lo permitia, desapareció por la misma carretera en que lo habia hecho la galera que con la señora alcaldesa, conducia á la hija del tío Roque. ¿Porqué corria en busca de su Ruperta? En el siguiente capítulo lo veremos.

## II.

¡YA ESTAMOS!...

Persecucion.—En Madrid.—La calle de Toledo.—Encuentro inesperado.—¡Adios Perico!—El café de Fornos.—El teatro de Martin.—Promesa.—Buenas noches.—Las 5.—El campamento.—La misa.—Todo fiesta.—Entrada libre.—Nuevos amigos.—Despedida.—Vuelta á Madrid.—El arco de San Gil.—El cuartel.—Los cañones cogidos.—Caballerizas.—La plaza de Oriente.—En la calle Mayor.—Los alquileres.—Puerta del Sol.—Teatro Real.—Otro arco.—El Senado.—Media vuelta.—Calle de Alcalá.—El de anoche.—Puerta de Alcalá.—Prado.—San Carlos.—Ya es de noche.—Una fonda.—¿Vamos al Real?—Tarde salimos.—El Siglo.—A dormir.—El dia 20.—Entrada del ejército.—Vi toda la carrera.—S. M.—¡Viva!...—Impresiones.

\* \*

Sin detenernos en los accidentes del viaje, diremos tan solo que á un cuarto de legua próximamente de la galera en que iba la hija del tío Roque, marchaba nuestro héroe al paso, deteniéndose algunas veces en los mismos paradores en que ésta lo hacia, bien agena de lo que tan cerca tenia, sin que nunca hubiera sido reconocido. Y una vez en Madrid, se detuvo la galera en la posada del *Candil*, y al mismo tiempo que de ella bajaban la alcaldesa y Ruperta, apeábase Zacarías de la mula, y después de haberla dejado en una posada inmediata y de cerciorarse si habian encontrado habitación Ruperta y su compañera, determinó, sin duda, dar una vuelta para ver algo de lo que nunca habia visto, por lo que echó á andar calle de Toledo arriba.

(Se continuará).

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA.

## EL TEMPLO DE LOS MONOS EN BENARES.

De una carta dirigida á un amigo nuestro por un distinguido oficial de marina, que ha formado parte de la comitiva del príncipe de Gales en su viaje á la presidencia de Bengala, dice el ilustrado periódico *La Epoca*, extractamos los interesantes párrafos siguientes:

«En Benares, donde, como es sabido, está aún establecida la capital religiosa y literaria de la India, existe una de las cosas más estupendas de este país, tan fecundo en maravillas de todo género. Es un templo llamado de Durga Kund, exclusivamente consagrado á servir de palacio á unos cuantos centenares de monos, que son sin disputa los más alegres, los más listos, los más retozones, los más graciosos, y sobre todo, los más felices de cuantos cuadrumanos existen sobre la superficie del globo terráqueo.

La fundacion de este templo fué debida á que, segun las leyendas del país, un cierto dios, no sé si Vishnu ó Shiva, que cierto dia tuvo ó hambre, ó sed, ó frio, en suma, se vió en un apuro del que le sacó un mono.

Como todo beneficio merece recompensa, los adoradores del dios consabido se mostraron profundamente agradecidos á los bienhechores cuadrumanos de su sér supremo, y como en este país de la gratitud á la adoracion no hay ni siquiera un paso, se apresuraron á construir una jaula-templo-palacio exclusivamente destinada á servir de morada á micos de distincion.

No paró aquí la gratitud de los benarenses, sino que juraron respeto, ayuda y proteccion á todos los individuos de la gran familia mona, la cual goza desde entonces en Benares de la libertad más completa y absoluta.

Benares es, pues, el paraíso de los monos, y el refectorio de este paraíso está situado en el templo de Durga-Khund. Todos los que le visitan, y son muchos, no dejan de pagar á sus huéspedes un tributo en forma de golosinas. Estos regalos se venden en multitud de tiendecitas muy pintorescas que pululan alrededor del templo, y dan lugar en sus cercanías á una bulla y algazara casi tan ruidosa y discordante como la que en su interior puede escucharse.

El que estos animalitos sean considerados en Benares como de origen divino, hace que abunden por todas partes, y mayormente en las inmediaciones del templo.

Por todos los lados se ven familias y generaciones enteras de monos dando saltos, haciendo cabriolas, calentándose al sol, espulgándose, riñendo, chillando, haciendo muecas y gestos á los transeúntes, formando, en suma, el espectáculo más original que darse puede.

En el interior del templo, la aglomeracion de monos es tan considerable, que le imprime un sello fantástico digno de la admiracion del viajero. Apenas ven aparecer una figura, indígena y exótica, que les es desconocida, se desprende de todos los capiteles y á lo largo de todos los fustes de las columnas una avalancha tal de monos, monitos y monazos, que no parece sino que el templo está construido con micos en vez de sillares y que se le desploma á uno encima.

Estos racimos animados, ágiles, retozones y vivarachos, enlazan y desenlazan sus anillos, rodeando con inquieta y golosa curiosidad á los visitantes. Si se les alarga una presa, mil manitas color de rosa se abalanzan para alcanzarla, con tan delicada gracia y una expresion tal, tan cómica y natural al propio tiempo, que se siente uno llevado involuntariamente á recordar la máxima de los biólogos modernos: «El hombre es un mono perfeccionado.»

Su codicia no es tan grande, sin embargo, que les haga olvidar la esquivaz propia de su naturaleza. Al menor movimiento, un poco expresivo, huyen en apiñado escuadron, y en un abrir y cerrar de ojos se ven desaparecer, quedando colgados en móviles grupos de todos los salientes esculpidos de que tan pródiga se muestra la arquitectura india.

No bastaba, sin embargo, el haber construido esta soberbia mansion para solaz de la raza simiesca; era menester darles servidores.

Así se ha hecho, y en el recinto del templo habitan cincuenta brahmines, exclusiva y especialmente consagrados á cuidar de que nada falte á la alimentacion de tan «sagrados huéspedes.» Tres veces al dia estos brahmines les dan una abundante colacion de carnes, granos y frutas.

El príncipe de Gales visitó el Durga-Khund al segundo dia de su llegada á Benares, y con este motivo los monitos no recibieron sino media racion de comida la víspera, para que el hambre les obligara á mostrarse más insubordinados y solícitos cuando la llegada del príncipe sirviese de señal para la distribucion de un abundante extra de golosinas.

El príncipe salió complacido de su visita, causándole, empero, alguna extrañeza el que el fanatismo de los brahmines hubiera echado raíces bastante hondas para hacerles tolerable el estado de servidumbre en que se encuentran respecto á los monos.

Estos bichos sagrados son pequeños, tienen un rabo como de palmo y medio, y una cara muy blanca: alrededor de ella les crece una especie de pelos que tienen gran semejanza con los collares de barba y patillas á la moda en algunas regiones de la América del Norte.

Al salir del templo el príncipe preguntó á sir John Strochey, teniente gobernador de Benares, el número aproximativo de los monos que habitaban el templo. El gobernador contestó se calculaban en unos 4.000, y en más de 50.000 los que pululaban en las inmediaciones del Durga-Khund y en el resto de la ciudad.

¡Cuánta monería!...

X...

## CORRESPONDENCIA.

C. A. de M.—Pido á V. mil perdones, amable señora, si no he contestado á su carta con la premura deseada, efecto de mis muchas ocupaciones. Aunque ya no llegará á tiempo mi respuesta, diré á V. que el peinado más propio para una jovencita es el siguiente: se echa todo el cabello atras, dejando en la frente un cerquillo para hacer lazaditas ó rizos, y con el de atras se disponen á capricho bucles ó retorcidos, dejando el cabello de la nuca, para un tirabuzon, largo, que descienda sobre la espalda, ó suprimiendo este para más sencillez. En los últimos números de EL CORREO habrá hallado V. lindos modelos para batas, y en cuanto á las habitaciones, no hay inconveniente en poner un florón en el techo igual al papel, aunque siendo dormitorios, deberian estar estucadas.

D. B.—Puede V. llevar su abrigo de cachemir con toda seguridad de no estar ridícula, pues la verdad es que no hay moda fija y esos se llevan todavía.

En caso de querer reformarlo, aguarde V. á Mayo, época en la que se hallan ya marcadas las modas de entretiempo y de verano.

M. S. de R.—Los vestiditos para los niños que empiezan á andar, consisten en una falda tableada ó fruncida, montada á un canesú escotado, con manguita corta, ciñéndolos con un cinturón ancho de seda más abajo del talle. Los vestidos para las niñas de ocho años se hacen lo mismo que los de señora, y de ellos hallará V. modelos en el último número de EL CORREO. Si es para vestir, lo mejor es coraza y mantelo ceñido por atras, con anchas caidas que descenden sobre la falda.

T. C. de R.—El mejor preservativo contra el aire, que suele levantar el cútis, es usar los polvos de arroz y lavarse con la composicion siguiente: Se toman cuatro onzas de potasa, cuatro de agua de rosas, dos de aguardiente y dos de zumo de limon, mezclándose todo con una azumbre de agua. Se echan dos cucharadas de esta composicion en el agua para lavarse, y conserva fresco y suave el cútis.

A una amable madrileña.—Pido á V. mil perdones: extraviada su carta sin saber cómo, me es imposible contestar á sus preguntas. Tenga V. la bondad de repetir las, y me consideraré feliz si acierto á complacerla.

## SECRETOS UTILES.

Las telas blancas de seda se lavan disolviendo el jabon en agua hirviendo; cada azumbre de agua necesita una onza de jabon; al tiempo de lavarse las telas, el agua no debe estar hirviendo, sino templada. Se dan dos ó tres aguas de jabon, mezclando con la última un poco de aguardiente, luego se enjuagan con agua fria y se dejan secar.

Los bordados de oro, plata ó seda, se limpian del siguiente modo: se toman una libra de hiel de vaca, tres onzas de polvo de lirio de Florencia, se mezcla todo y se pone al sol por espacio de doce dias.

Se frotran luego los bordados con esta composicion, se lavan con agua de salvado cocido y la última agua clara.

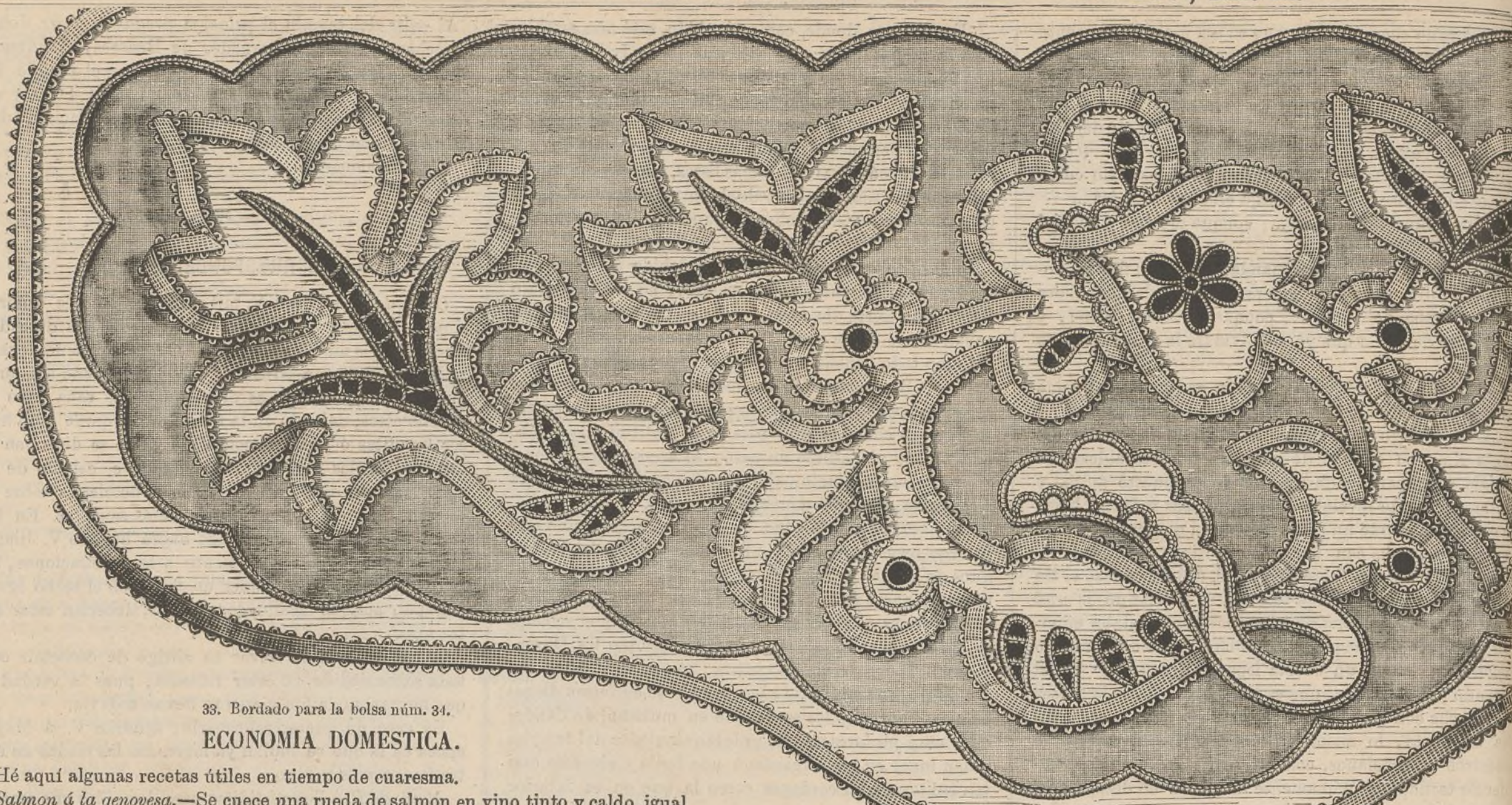
Más soluciones á las charadas que aparecieron en el número 9 de EL CORREO correspondiente al 2 de Marzo: por las señoritas Doña Carmen Azcona, de Molina; Doña Leonor Cies, de Teruel; Doña Robustiana Las Casas, de Santander; Doña Julia Sanchez, de Simancas, y la siguiente á la

1.º

Mi amiga con mucha *sal*  
Me invitó á tomar un *té*  
Por un motivo que sé  
Y que era muy natural  
Desde nuestra misma estancia  
Se ve un caudaloso *rio*;  
Se oyó el eco de un *salterio*  
Mezclado á su murmurio;  
Y quedó suspensa el alma  
Sumida en cálica calma.

ASUNCION GRAMUNT.





33. Bordado para la bolsa núm. 34.

## ECONOMIA DOMESTICA.

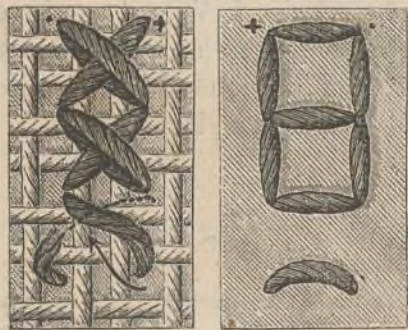
Hé aquí algunas recetas útiles en tiempo de cuaresma.

**Salmon á la genovesa.**—Se cuece una rueda de salmon en vino tinto y caldo, igual cantidad de uno y otro; se añaden setas, perejil picado, especias, sal y nuez moscada en polvo; cuando haya cocido se retira, añadiendo á lo que está en la cacerola un trozo de manteca mezclado con harina; se reduce, se pasa por tamiz y cuando esté en su punto se echa el salmon.

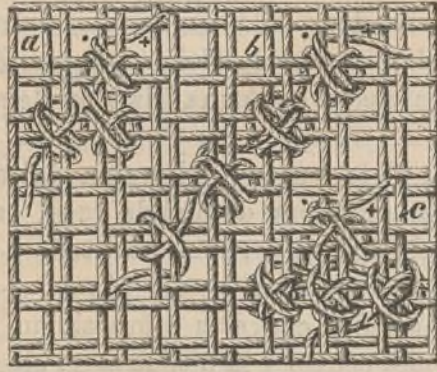
**Salmonete de diferentes modos.**—Este pescado no se escama; es menester vaciarlo y lavarlo; se guardan sus hígados, se asa sobre las parrillas y se sirve con salsa, solo que sea esta la que quiera, hay que añadir los hígados que se habian reservado.

**Cangrejos á la italiana.**—Cocidos los cangrejos, se ponen con simetría en un plato sobre una mezcla de higadillos picados con perejil, sal, cebolla, pimienta, tocino rayado y yerbas finas, miga de pan y dos yemas de huevo; se ponen los cangrejos sobre esta masa

con las colas entre las patas, y se cubren con el resto de ella. Así se ponen un rato á fuego manso, y cuando estén en punto, se echa encima salsa blanca con zumo de limon.



33. Modo de ejecutar el punto de cruz.

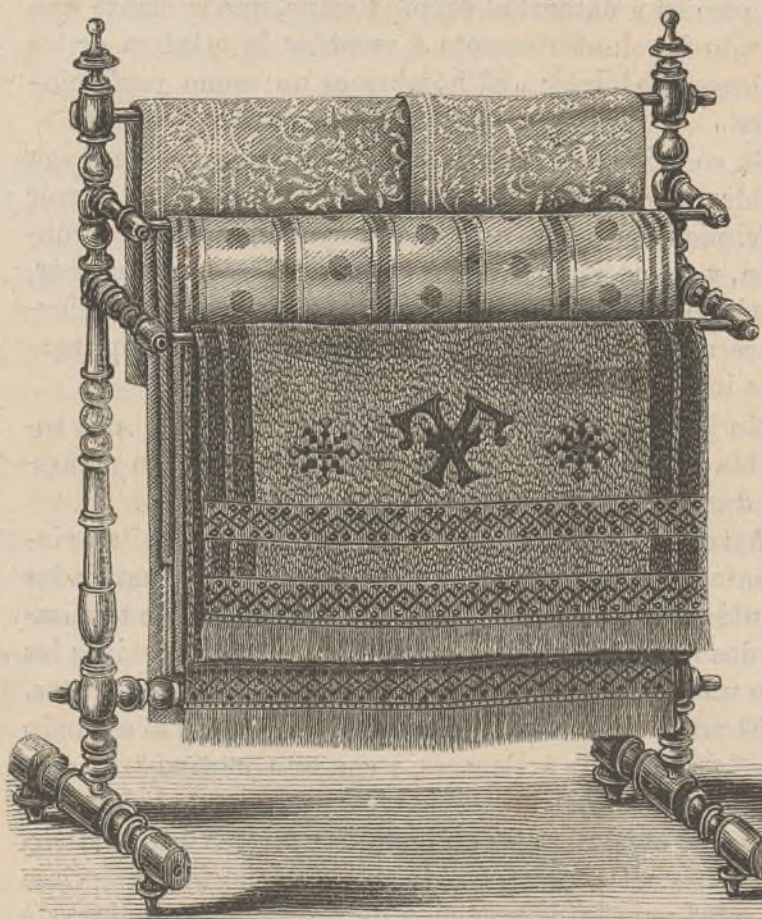


39. Punto de cruz y cuadro: a borde recto; b raya oblicua; c reunion de los puntos.

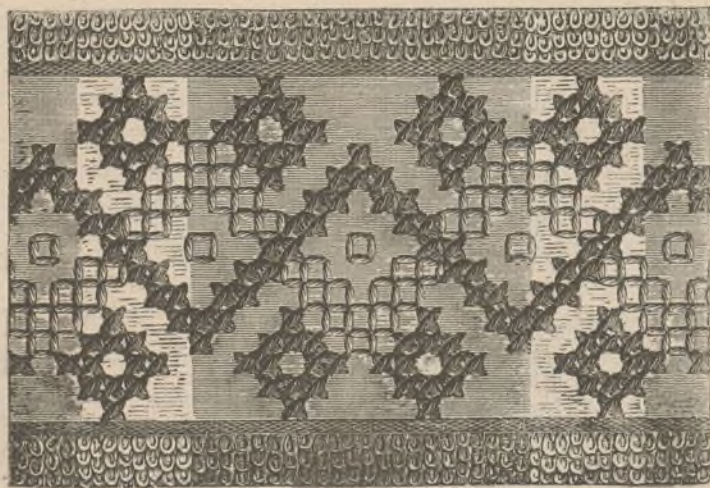
extremidad, forrada de raso blanco, forma el bavolet. El ala, de forma diadema, va completamente vuelta y lleva un encaje ruso que se continúa por debajo del bavolet, toda plegada en ondas. Una voluminosa guirnalda de hojas verdes adorna el ala por delante y alas de pája-



34. Bolsa para ropa blanca. (Véase el núm. 33). (Patron: pliego por el revés, núm. XIV, figs. 56 y 57).



35. Porta toallas. (Véase el núm. 36 a).



36. Cenefa para toallas. (Véanse los núms. 38 á 41).



42. Bordado para el mantel núm. 9.

ros azulados el costado. Un lazo de faya va colocado debajo del bavolet, y le completan bridas de tul diamante.

Esta linda capota exige el peinado bajo.

2. **Sombrero IFIGENIA, para señora joven.**—Tiene la forma de una toca y va colocado muy atras. El borde es de faya habana lo mismo que el fondo bullonado y la escarapela que lleva delante. Plumas de avestruz, un pájaro de colores vivos y una puntillita blanca completan su adorno.

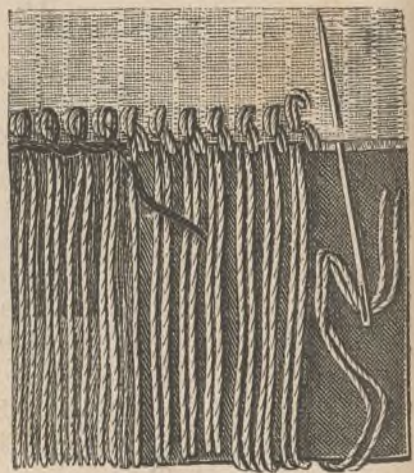
3. **Sombrero Cosaco, para jovencita.**—Es de fieltro marron, el borde ancho y levantado hácia atras, va cubierto todo alrededor con barbas finísimas de plumas habana, pegadas por su pie á una cinta, sostenida esta por dos rosas blancas con follaje y un lazo de raso escarlata y rosa, y atras una

pluma rosa rizada. La armadura de este sombrero es chata y es preciso ponerlo muy atras.

4. **Sombrero GERTRUDIS, para señora de edad.**—Es de fieltro negro adornado con una pluma desmayo y un pájaro del paraíso; debajo de la pasa un retorcido de gros-grain con camelias encarnadas. Bridas de gros-grain.

5. **Prendido para teatro.**—Terciopelo plegado azul eléctrico, montado sobre una pasa recta que forma un lazo en el costado, del cual se escapan dos hermosas plumas blancas rodeadas de encaje.

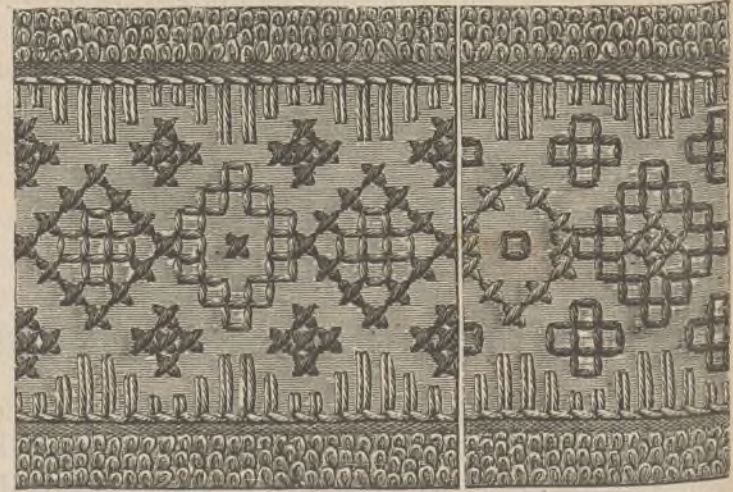
6. **Prendido para sociedad.**—Un pequeño círculo constituye el fondo de este precioso prendido, compuesto de blondas perladas, cinta paja y una rama de bolas de nieve con fallaje y larga caída.



40. Fleco para toalla.



41. Fleco para toalla.



37. Cenefa para toalla. (Véanse los núms. 38 á 41).

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada C.<sup>a</sup>, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.